

A SOLAS

Luego, al anochecer, me iré al baile. Al *Dulce Meneo*, como le llama la gente. El mote, dicen, fue cosa de Loren; pero nadie tira piedras a su tejado, y, para mí, que no, que fueron Rufino y su cuadrilla, los de los percheles, ese hatajo de cafres malparidos, quienes lo pusieron con almagra en la tapia, junto a la taquilla, cuando los judas. Se armó la de Dios en el pueblo. Yo, por entonces, era monaguillo. Recuerdo que conforme la procesión iba, todos en fila, "Cantemos al Amor de los amores", de dos en dos, los niños delante, chorreando la pringue de los velones, "cantemos al Señor", la gente se paraba ante las letras torponas, un algo esmirriadas, mirando, ¿qué?, riendo, con choteo, a los demás. El cura, luego, lo dijo en misa, en el sermón, que no estaba bien, ni pizca, más respeto, que se cachondearan de su madre. Bueno, decirlo así, no, que don Cosme, en cuestión de hablar (se me viene a la memoria de cuando el Perchas las diñó, qué de plástica) como el primero; pero lo dejó sentir, y yo me entiendo. Y es que aquí, a los del pueblo, nos gusta andar siempre con chismes. Y a la que más, a la Teofi. Dicen que dijo: "De los burros, coces", yo no sé, pero alguno se engalló, a las malas, y los civiles lo cincharan de no ser por el médico.

Pero me voy, sin querer, del hilo, y es que ando, ya de antaño, una miaja remolón. Pues eso: que me iré luego, cuando anochezca. Todavía es pronto. Los novios, a estas horas, besuqueándose por la chopera. En el verano las tardes son largas, y, a mí, con un rato de salir, me basta. Yo no soy de los que no pierden pieza. Y sí que me gustaría, al anochecer —allí se está bien, sintiendo el fresco en la cara—, cuando las beatas salen de la novena y parlotean; bebiendo vino, los viejos, en la taberna, bajar por la acera, alguien que me saluda, "eh", y yo "eh", cruzar la plaza presintiendo a mis espaldas los cuchicheos...

— Qué, ¿ganduleando?

Es Lucio. Viene de la era, de acarrear la parva.

— Ya terminé, —le digo.

— ¿También el pienso?

— Me falta cernerlo.

— Pues, venga.

No es que le importe demasiado, pero disfruta de dárselas, venga, venga, venga, que parece él, y no el señorito, quien manda en la casa.

— Aún me queda tiempo.

Mientras las mulas beben agua en el pilón, Lucio se lava a buzas.

— Dame la toalla.

— ¿Y, algo más? —me recochineo—. ¿Algo más necesita el señor?

— Y el peine.

— Y una eme también, si quieres.

— Como te enganche...

— O dos, si no te basta.

— Te rompo la crisma.

— No tienes tú lo que hay que tener —me atrevo a decir en broma.

— Si no fuera porque me iba a ensuciar de mocos... —replika, despectivo. Y se va.

Yo soy de pocas palabras; lo contrario suyo, tan parlanchín, que parece un sacamuelas. Más de una vez lo he visto hablar solo, mirándose en el espejo, y luego, lo mismo, las mismas cosas, ante la gente. Por eso, porque lo tiene tan ensayado, todos le escuchan atentos. En el baile, las zánganas se lo rifan; las miradas en él, cuando entra. Lucio se da cuenta, pero hace como que no. Va hacia el mostrador. Se casca un par de vasos, sorbiendo despacio, dando tiempo. A mí me gusta ver cómo las caza. En cuanto las mira, revolotean a su alrededor como gallinas.

Al compás dulzón de la música, bailando, las estruja fuerte, sintiéndolas...

A veces, como ahora, a solas, tumbado sobre los costales de trigo, en el granero, imagino que soy Lucio, su mismo traje gris, sus manos, su misma cara recién afeitada, sus palabras (la voz cascada, grave) que hacen cosquillear a las mujeres. Y desde mis quince años soy él, yo, bebiendo el par de vasos, sorbiéndolos poco a poco. Soy yo el que avanza lentamente por entre las mesas, como si no, distraído —"hola", les digo—, y ellas, igual que gallinas, revolotean. Y suena la música, melosa, suave... Ya no me tiembla la voz al preguntar: "¿Bailamos?". Huele a chopo fresco. Oscurece; por detrás del campanario se diluye un trozo de cielo grosella. Y una voz de mujer, la del vestido blanco: "Sí". Alguien me mira. Nos adentramos en la pista, hasta donde no llega el resplandor verde, rojo, azul, de las bombillas. Siento el calor tibio de su cuerpo junto al mío. Lo aprieto un poco, un poco más, y ella se deja; más aún, y sus palabras, como un susurro, me acarician la carne y es como si se apagara todo: la luz, el tintineo de los vasos en el mostrador, ese alguien que nos mira, el cacho de cielo grosella, la melodía del acordeón..., y estamos solos, lejos, no sé, descalzos, a oscuras o con mil soles luciendo, su voz, su cuerpo, el silencio, entre las verdes matas de la cañada...

GONZALO MARTINEZ SIMARRO